

de gran desacato, pues el solo crimen de presentar al Soberano una petición, concebida en los términos más respetuosos, había valido á los Padres de la Iglesia el ser encarcelados y procesados, y cuantos jueces habían votado en favor de ellos viéranse inmediatamente destituidos. La convocación de un Parlamento libre y legal podría seguramente remediar con eficacia todos estos males; pero la nación no podía esperar ver reunido tal Parlamento, á menos que no cambiase totalmente el espíritu de la administración. Era, sin duda, intención de la Corte, por medio de corporaciones *reglamentadas* y de mesas católicas, reunir una asamblea, que sólo de nombre sería Cámara de los Comunes. Por último, había circunstancias que hacían sospechar con fundamento que el niño á quien se llamaba Príncipe de Gales no era realmente hijo de la Reina. Por estas razones el Príncipe, atendiendo á su próximo parentesco con la Casa Real y agradecido al afecto que el pueblo inglés había mostrado siempre á su amada esposa y á él también, había resuelto, accediendo á las instancias de muchos lores temporales y espirituales y de otras muchas personas de todos rangos, presentarse en la Isla á la cabeza de un ejército suficiente á rechazar toda violencia. Protestaba no llevar ninguna idea de conquista, declarando que mientras sus tropas permaneciesen en Inglaterra, estarían sujetas á la más estrecha disciplina, y que tan pronto como la nación se viese libre de la tiranía se embarcarían nuevamente. Su único objeto era que se reuniese un Parlamento libre y legal, comprometiéndose solemnemente á someter á su decisión todas las cuestiones públicas y privadas.

No bien empezaron á circular por el Haya ejemplares de este manifiesto, aparecieron señales de disensión entre los Ingleses. Wildman, infatigable en el

mal, consiguió que algunos de sus compatriotas, y entre otros el testarudo y voluble Mordaunt, declarasen que con tales bases no tomarían las armas. Aquel documento había sido redactado tan solo para complacer á los *Caballeros* y á los párrocos. Las injurias hechas á la Iglesia y el proceso de los Obispos eran tratados con excesiva importancia, al paso que no se decía nada de la manera tiránica como habían tratado los tories á los whigs antes de su ruptura con la Corte. Wildman presentó entonces un contra-proyecto preparado por él mismo, que si hubiera sido adoptado habría disgustado á todo el clero anglicano y á la gran mayoría de la antigua nobleza. Los principales whigs se oponían al nuevo proyecto con gran vehemencia. Russell, particularmente, declaró que si se llevaba á cabo tal medida, daría al traste con la coalición única que hubiera podido devolver la libertad al pueblo inglés. La autoridad de Guillermo puso, al fin, término á la disputa, y con su habitual buen sentido resolvió que el Manifiesto quedase, con muy leves variaciones, tal como Fagel y Burnet lo habían redactado (1).

XXXIII.

ADVIERTE JACOBO LA MAGNITUD DEL PELIGRO.

Mientras esto pasaba en Holanda, Jacobo había llegado al fin á conocer el peligro. Noticias que no podía mirar con indiferencia llegaron por distintos conductos. Finalmente, un despacho de Albeville des-

(1) Burnet, 1, 775, 780

vaneció toda duda. Dícese que al leerlo el Rey, la sangre huyó de sus mejillas y por algún tiempo quedó sin habla (1). Y en verdad, motivo suficiente había para asustarse. El primer viento que soprase de Levante traería una armada hostil á la costa de su Reino. Toda Europa, á excepción de una sola potencia, esperaba impacientemente las nuevas de su caída. Precisamente era aquella la misma nación cuya asistencia, en un momento de locura, había él rechazado. Y lo que aun era peor, había pagado con insultos la amistosa intervención que hubiera podido salvarle. Los ejércitos franceses, que á no haber sido por su conducta loca servirían á mantener en el temor á los Estados Generales, estaban sitiando á Philipsburgo, ó dando guarnición en Metz. Dentro de pocos días, tendría que pelear, en territorio inglés, por su corona, y por los derechos de su hijo.

XXXIV.

SUS RECURSOS MILITARES DE MAR Y TIERRA.

Grandes eran, al parecer, los medios de defensa que aun le quedaban. La armada estaba mucho mejor que en la época de su advenimiento, y esta mejora debe atribuirse, en parte, á sus propios esfuerzos. No había nombrado ningún lord gran Almirante, ni consejo del Almirantazgo, antes se había reservado la principal dirección de los asuntos marítimos, en cuya empresa le había ayudado en gran manera Pepys. Dice el proverbio que el ojo del amo engorda el caballo, y

(1) Eachard, *Historia de la Revolución*, t. II, 2.

aun en una época de corrupción y mercantilismo, el departamento á que un soberano, por escasas que sean sus facultades, se dedica con peculiar atención, debe, comparativamente, estar libre de abusos. Fácil hubiera sido encontrar un Ministro de Marina más inteligente que Jacobo, pero no hubiera sido tan fácil encontrar entre los hombres públicos de aquel tiempo, un Ministro de Marina que no hubiese saqueado los almacenes, admitido donativos de los contratistas y obligado á pagar á la Corona el importe de reparaciones que jamás se habían hecho. El Rey era, en verdad, casi la única persona de quien fundadamente pudiera decirse que no robaba al Rey. Así, pues, durante los tres últimos años había habido muchos menos gastos y despilfarros en los arsenales que anteriormente. Los barcos que se habían construído eran buenos para la navegación. Habíase publicado una excelente ordenanza aumentando los sueldos de los capitanes y al mismo tiempo prohibiéndoles severamente trasportar mercancías de un puerto á otro sin licencia real. El efecto de estas reformas era ya perceptible; y Jacobo podía sin dificultad, en muy poco tiempo, presentar una flota considerable. Treinta barcos de línea, de tercero y cuarto orden todos, estaban reunidos en el Támesis al mando de lord Dartmouth. La lealtad de Dartmouth estaba al abrigo de toda sospecha, y se le consideraba más hábil y entendido en su profesión que ninguno de los marinos de la nobleza, que en aquel siglo llegaban á los más altos puestos en la marina sin la preparación y aprendizaje indispensables, y que eran al mismo tiempo jefes de la armada en la mar y coroneles de infantería en tierra (1).

(1) Pepys, *Memorias relativas á la Real Armada*, 1690; Clarke, *Vida de Jacobo II*, t. II, 186, *Mem. orig.*; Adda, set. 21 (oct. 1.º); Citters, set. 21 (oct. 1.º).

El ejército regular era mayor que ninguno de cuantos habían mandado los Reyes de Inglaterra, y fue aumentado rápidamente. Incorporáronse nuevas compañías á los regimientos existentes. Anuncióse la provisión de comisiones para la leva de nuevos regimientos, y otros cuatro mil hombres vinieron á aumentar el ejército inglés. Tres mil fueron enviados á toda prisa de Irlanda. Otros tantos recibieron orden en Escocia de marchar al Mediodía. Jacobo calculaba las fuerzas con que podía salir al encuentro de los invasores en unos cuarenta mil soldados, sin contar con la milicia (1).

El ejército y la armada eran, pues, más que suficientes para rechazar una invasión holandesa. Pero ¿podía confiar en el ejército ó en la armada? ¿No acudirían á millares los milicianos á engrosar las filas del libertador? El partido que algunos años antes había sacado la espada por Monmouth, desearía, indudablemente, lleno de ansiedad, la venida del Príncipe de Orange. Y ¿qué se hiciera el partido que por espacio de cuarenta y siete años había sido el baluarte de la monarquía? ¿Dónde estaban ahora aquellos valientes *Caballeros*, siempre prontos á derramar su sangre por la Corona? Ultrajados é insultados, expulsados de los tribunales de justicia, y despojados de todos los mandos militares, veían con mal encubierto gozo el peligro de su ingrato Soberano. ¿Dónde estaban aquellos sacerdotes y prelados que desde diez mil púlpitos proclamaban el deber de la obediencia al ungido del Señor? Algunos habían sido encarcelados; otros privados de sus bienes; todos fueran colocados bajo el férreo yugo de la Comisión eclesiástica, y habían sufrido

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, t. II, 186, *Mem. orig.*; Adda, setiembre 22 (oct. 2); Citers, set. 21 (oct. 1.º).

continuamente el temor de que un nuevo capricho del tirano les despojase de sus beneficios, dejándoles sin un pedazo de pan. Que los partidarios de la Iglesia anglicana hubieran olvidado de tal modo la doctrina que había sido su principal orgullo, que se pusiesen al lado de los que hacían altiva resistencia, parecía en verdad cosa increíble. Pero ¿podía su opresor esperar hallar entre ellos aquel espíritu que en la generación precedente había triunfado de los ejércitos de Essex y Waller, y había cedido tan sólo después de una lucha desesperada ante el genio y energía de Cromwell?

XXXV.

INTENTA RECONCILIARSE CON SUS SÚBDITOS.

El tirano se sintió lleno de temor. Cesó de repetir que las concesiones habían sido siempre causa de la ruina de los Príncipes, y confesó lleno de pesar que tendría que rebajarse y hacer de nuevo la corte á los toríes (1). Puede muy bien creerse que en esta ocasión Halifax fue invitado á volver al Gobierno y que él se negó á aceptar. El papel de mediador entre el trono y la nación era, sin duda alguna, el más adecuado á sus condiciones y el que más ambicionaba. Ignórase la causa que hizo fracasar la negociación, pero es probable que la cuestión de la prerrogativa de Dispensa fuera la principal dificultad. Su hostilidad á aquella prerrogativa había motivado su caída tres

(1) Adda, set. 28 (oct. 8), 1693. Describe en este despacho con vivos colores el temor de Jacobo á una defección universal de sus súbditos.

años antes, y cuanto desde entonces había sucedido, no podía haberle hecho cambiar de opinión. Por otra parte, Jacobo estaba firmemente resuelto á no hacer la menor concesión en aquel punto (1). En otras cuestiones no se mostraba tan pertinaz. Publicó una proclama en la cual prometía solemnemente proteger la Iglesia anglicana y mantener la ley de uniformidad. Declaró estar dispuesto á hacer grandes sacrificios en pro de la concordia. No insistiría por más tiempo en que se admitiese á los católicos en la Cámara de los Comunes, y confiaba que su pueblo apreciaría en todo su valor semejante prueba de sus deseos de complacerle. Tres días después anunció su intención de reponer á todos los magistrados y delegados lugartenientes que fueran despedidos por negarse á sostener su política. El día siguiente á la aparición de esta noticia se anuló la suspensión de Compton (2).

XXXVI.

DA AUDIENCIA Á LOS OBISPOS.

Al mismo tiempo dió el Rey una audiencia á todos los Obispos á la sazón residentes en Londres. Habían solicitado ser admitidos á su presencia á fin de indicar su opinión en las actuales circunstancias. Habló el Primado en representación de todos. Solicitó respetuosamente que se pudiese la administración en

(1) A Resesby somos deudores de las escasas noticias que respecto á esta negociación tenemos. Informábale á él una dama cuyo nombre no cita y á la cual en modo alguno hemos de dar entero crédito.

(2) *Gaceta de Londres*, set. 24, 27, y oct. 1.º, 1638.

manos de personas que reunieran las condiciones debidas, que se revocasen cuantos actos se habían hecho valiéndose de la prerrogativa de dispensa, que se anulase la Comisión eclesiástica, que se remediasen los daños hechos á Magdalene College y que se restaurasen las antiguas franquicias de las corporaciones municipales. Indicó también, de manera muy inteligible, que había un acontecimiento de grandísima importancia que afianzaría por completo el trono y calmaría la revuelta nación. Si S. M. quería estudiar nuevamente los puntos discutidos entre las Iglesias de Roma é Inglaterra, tal vez por el agrado con que la Divinidad vería los argumentos que deseaban los Obispos exponer, convendría en que debía reconciliarse con la Iglesia anglicana, abrazando la religión de su padre y de su abuelo. Hasta aquí, añadió Sancroft, había hablado á nombre de todos sus hermanos, pero quedaba un punto sobre el cual no se había aconsejado con ellos y que su deber le ordenaba indicar. Era, además, el único eclesiástico que podía tocar aquel punto sin que nadie sospechase que el interés dictaba sus palabras. Tres años hacía que la Sede Metropolitana de York estaba vacante. El Arzobispo suplicaba al Rey proveerla inmediatamente en un piadoso y sabio teólogo, añadiendo que sin dificultad podría encontrar, entre los que entonces se hallaban en la Real presencia, quien reuniese tales condiciones. El Rey consiguió dominarse, en términos de dar gracias por tan inapreciable consejo, y prometió considerar debidamente cuanto había oído (1). De la prerrogativa de dispensa no estaba dispuesto á ceder ni en una coma. Ninguna persona de las que no re-

(1) *MSS. de Tanner*; Burnet, 1, 784. Me parece que Burnet ha confundido esta audiencia con otra que se efectuó algunas semanas después.

unían las condiciones legales fué apartada de la administración civil ó militar, si bien se adoptaron algunos de los consejos de Sancroft. A las cuarenta y ocho horas había sido abolida la Comisión eclesiástica (1). Resolvióse que la Carta municipal de la ciudad de Londres, anulada seis años antes, se restableciese de nuevo; y el Canciller fué enviado con toda pompa á entregar el venerable pergamino á la Casa Consistorial (2). Una semana después enterábase el público de que el Obispo de Winchester, que por virtud de su dignidad era visitador de Magdalene College, había sido encargado por el Rey de corregir cualesquiera abusos que se hubieran cometido en aquel establecimiento. Descendió Jacobo á esta última humillación despues de larga lucha y amargo pesar. Y es lo cierto que no cedió hasta que el Vicario apostólico Leyburn, quien segun parece se portó en todas ocasiones como honrado y discreto, declaró que, á su juicio, el Presidente y los profesores destituidos fueran víctimas de una injusticia, y que así la religión como la política obligaban á restituirles lo que se les había quitado (3). Pocos días después apareció una Real orden poniendo nuevamente en vigor las suprimidas franquicias de todos los municipios (4).

(1) *Gaceta de Londres*, oct. 8, 1688.

(2) *Ibidem*.

(3) *Ibid.* oct. 15, 1688; *Adda*, oct. 12 (22). El Nuncio, aunque, en general, se muestra enemigo de toda medida violenta, parece haberse opuesto á la reposición de Hough, atendiendo, tal vez, á los intereses de Giffard y de los otros católicos instalados en Magdalene College. Leyburn se declaró «nel sentimento che fosse stato uno spoglio, e che il possesso in cui si trovano ora li Cattolici fosse violento ed illegale, onde non era privar questi di un diritto acquisto, ma rendere agli altri quello che era stato levato con violenza.»

(4) *Gaceta de Londres*, oct. 18, 1688.

XXXVII.

SON MAL RECIBIDAS SUS CONCESIONES.

Lisonjeábase Jacobo de que tan grandes concesiones, hechas en el corto espacio de un mes, le devolverían el afecto de su pueblo. Y no puede dudarse que tales concesiones hechas antes que se temiese una invasión de Holanda hubieran sido de gran importancia para conciliarle el afecto de los tories. Pero no deben esperar gratitud los gobernantes que dan al temor lo que han rehusado á la justicia. Durante tres años habíase mostrado el Rey-sordo á razones y súplicas. Cuantos Ministros se habían atrevido á levantar su voz en favor de la constitución civil y eclesiástica del reino, habían tenido que abandonar el poder. Un Parlamento eminentemente leal se había aventurado á protestar humilde y respetuosamente contra una violación de las leyes fundamentales de Inglaterra, y había sido severamente reprendido, suspendidas las sesiones, y al fin disuelto. Unos tras otros habían sido destituidos los jueces, por negarse á emitir fallos en oposición con la ley natural y el código civil. Los más respetables *Caballeros* habían sido excluidos de toda participación en el gobierno de sus condados, por negarse á hacer traición á las libertades públicas. Multitud de clérigos habían sido privados de los beneficios á que debían la subsistencia, por sólo cumplir sus juramentos. Prelados á cuya inquebrantable fidelidad debía el Rey la corona, le

habían suplicado de rodillas que no les ordenase violar las leyes de Dios y del país. Su modesta petición había sido tratada de libelo sedicioso. Se les había reprendido, amenazado; fueron reducidos á prisión, sometidos á un proceso, y con dificultad se habían librado de total ruina. Entonces ya la nación, viendo que el derecho era conculcado por la fuerza y que aun las súplicas se consideraban como un crimen, pensó en probar la suerte de las armas. Llegó á noticia del opresor que se acercaba un libertador armado, el cual sería recibido con entusiasmo por whigs y toríes, disidentes y anglicanos. Todo, entonces, cambió súbitamente. Aquel Gobierno que había pagado con persecuciones y despojos, continuados y leales servicios; aquel Gobierno que había respondido con injurias é insultos á poderosas razones y conmovedoras súplicas, se hizo de pronto extraordinariamente magnánimo. Diariamente anunciaba ahora la *Gaceta* la corrección de algún abuso. Era, pues, evidente que no se podía confiar en la equidad, ni en la humanidad, ni en la palabra empeñada del Rey, y que sólo gobernaría bien mientras estuviese sometido al fuerte temor de la resistencia. Sus súbditos no estaban, pues, dispuestos, en modo alguno, á devolverle una confianza de que había abusado, ó á librarle del temor que le había obligado á llevar á cabo los únicos actos de buen gobierno de todo su reinado. Era cada día mayor la impaciencia por la llegada de los Holandeses. El pueblo llano maldecía y renegaba de los vientos que, por este tiempo, soplaban obstinadamente del Oeste, y que juntamente impendían la salida de la armada del Príncipe, y traían nuevos regimientos irlandeses de Dublín á Chester. El tiempo, decíase, era papista. La multitud se reunía en Cheapside á contemplar la veleta del airoso campanario de Bow

Church y á pedir á Dios que mandase un viento protestante (1).

Contribuyó á robustecer la opinión general un acontecimiento que, si bien accidental, fué atribuído, y no sin fundamento, á la perfidia del Rey. Anunció el Obispo de Winchester que, en obediencia al Real mandato, pensaba reponer al expulsado claustro de Magdalene College. Fijó el 21 de octubre para la ceremonia, y el 20 hizo su entrada en Oxford. Toda la Universidad acudió á esperarle. Los expulsados profesores habían venido de todas partes del Reino, deseosos de tomar posesión de su amado establecimiento. Trescientos *gentlemen*, á caballo, escoltaron á los visitantes hasta sus alojamientos; á su paso repicaban las campanas, y la calle Mayor estaba llena de una inmensa multitud que los aclamaba. Retiróse el Obispo á descansar. Al otro día por la mañana, una alegre multitud se había reunido á las puertas de Magdalene; pero el Obispo no se presentó, y no tardó en saberse que un mensajero real había llegado cuando aún estaba en el lecho, dándole orden de partir inmediatamente para Whitehall. Tan inesperado desengaño causó gran maravilla é inquietud, pero á las pocas horas empezó á correr una noticia que, para gentes dispuestas, y no sin razón, á pensar lo peor, parecía explicar completamente el arrepentimiento del Rey. La armada holandesa se había hecho á la mar, y una tempestad la había hecho volver á puerto. El público rumor exageró la importancia del desastre. Decíase que se habían ido á pique muchos bajeles, y que mi-

(1) «Viento Papista», dice Adda, oct. 24 (nov. 3). La expresión de *viento protestante* parece haberse aplicado en un principio al viento que por algún tiempo impidió á Tyrconnel tomar posesión del gobierno de Irlanda. Véase la primera parte de *Lillibullero*.

llares de caballos habían perecido. Todo pensamiento de un desembarco en Inglaterra debía, pues, abandonarse, al menos en el presente año. Esto era una lección para el país. Mientras Jacobo consideraba inminente la invasión y la revuelta, había dado orden de reparar los daños causados á aquellos á quienes había despojado ilegalmente; mas no bien se creyó seguro, aquellas órdenes fueron revocadas. Esta imputación, creída generalmente en aquel tiempo, y repetida desde entonces por escritores que debían estar bien informados, carecía de fundamento. Es indudable que la desgracia de la flota holandesa no pudo ser conocida en Westminster, por ningún medio de comunicación, hasta algunas horas después que el Obispo de Winchester recibió orden de salir de Oxford. El Rey, sin embargo, no tenía por qué estar quejoso de la sospecha del pueblo. Si algunas veces, sin examinar detenidamente los testimonios, atribuyeron á su pérdida política lo que era en realidad efecto de la casualidad ó negligencia, la culpa la tenía el Rey. Que hombres acostumbrados á faltar á su palabra inspiren desconfianza, precisamente cuando piensan cumplirla, es parte de su justo y natural castigo (1). Es realmente notable que en la ocasión presente incurriese Jacobo en una acusación inmerecida, tan sólo á causa de su vehemencia por vindicarse de otra acusación igualmente inmerecida. El Obispo de Winchester fuera llamado á toda prisa de Oxford para asistir á una reunión extraordinaria del Consejo privado, ó mejor dicho, una asamblea de notables que había sido convocada en Whitehall. En esta sesión solemne tomaron asiento al lado de los Consejeros privados todos los

(1) Pueden verse todas las pruebas respecto á este punto en la edición de Howell de las *Causas de Estado*.

Pares espirituales y temporales que por casualidad se hallaban en la capital ó cerca de ella, los jueces, los abogados de la Corona, el Lord Mayor y los aldermen de la ciudad de Londres. Habíase indicado al Padre Petre que haría bien en ausentarse, pues, en efecto, pocos lores hubieran querido sentarse á su lado. Junto á la presidencia se había colocado un gran sillón para la Reina viuda. La Princesa Ana había sido también invitada á asistir, pero se había excusado fundándose en el mal estado de su salud.

XXXVIII.

PRUEBAS DEL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE DE GALES SOMETIDAS AL CONSEJO PRIVADO.—CAÍDA DE SUNDERLAND.

Anunció Jacobo á esta gran asamblea que consideraba necesario presentar las pruebas del nacimiento de su hijo. Los artificios de los malvados habían envenenado de tal modo el espíritu público, que multitud de personas creían que el Príncipe de Gales era supuesto hijo del Rey. Pero la Providencia había magnánimamente ordenado las cosas de tal modo que apenas había Príncipe que hubiera venido al mundo en presencia de tantos testigos. Presentáronse entonces los testimonios aludidos, y cada uno prestó su declaración. Después que todos hubieron declarado, Jacobo manifestó, con gran solemnidad, que la acusación lanzada contra él era completamente falsa, y que antes moriría mil veces que perjudicar á ninguno de sus hijos.

Todos los presentes parecieron quedar convencidos. Publicáronse inmediatamente los testimonios,

que, en opinión de todas las personas juiciosas é imparciales, fueron calificados de incontestables (1). Pero los discretos están siempre en minoría, y entonces casi ninguno era imparcial. La nación entera estaba convencida de que todos los papistas sinceros se creían obligados á cometer perjurio, siempre que de ese modo pudieran contribuir á la prosperidad de su Iglesia. Personas que se habían educado en la religión protestante y por el sólo afán del lucro habían fingido convertirse al catolicismo, eran, si tal pudiera darse, menos dignas de crédito que los católicos sinceros. Las declaraciones de cuantos pertenecían á estas dos clases fueron, pues, consideradas como de ningún valor. De este modo el peso del testimonio en que Jacobo había confiado quedó grandemente reducido. Y aun lo que quedó fué examinado maliciosamente. A cada uno de los pocos protestantes que habían declarado se les encontró alguna tacha que ponerles. Uno era notoriamente un servicial y complaciente parásito. Otro, si bien aun no había apostado, estaba unido por cercano parentesco á un apóstata. El pueblo preguntó, como ya lo había hecho desde el principio, por qué, si no había engaño, sabiendo el Rey como sabía que muchos dudaban de la realidad del embarazo de su esposa, no había tenido cuidado de que el nacimiento pudiera probarse de una manera más satisfactoria. ¿No era, acaso, para sospechar, el haber dado á luz antes de tiempo, el súbito cambio de domicilio, la ausencia de la Princesa Ana y del Arzobispo de Canterbury? ¿Por qué no había asistido ningún Prelado de la Iglesia nacional? ¿Por qué no se había hecho llamar al Embajador holandés?

(1) Trátase esta cuestión con toda minuciosidad en la edición de Howell de las *Causas de Estado*.

¿Por qué, sobre todo, no se había permitido á los Hydes mezclarse con la multitud de papistas reunida en el dormitorio real y en las cámaras inmediatas, ellos que eran leales servidores de la Corona, fieles hijos de la Iglesia y guardianes naturales de los intereses de sus sobrinas? ¿Por qué, en fin, no había en la larga lista de asistentes un solo nombre que inspirase pública confianza y respeto? La verdadera respuesta á estas preguntas era que el entendimiento del Rey era débil, su carácter despótico y que de buena gana había aprovechado la ocasión de manifestar el desprecio que le inspiraba la opinión de sus súbditos. Pero la multitud, no contenta con estas explicaciones, atribuía á profunda y refinada maldad lo que era realmente efecto de poca inteligencia y perversión natural. Y no sólo á la multitud ha de atribuirse esta opinión. Lady Ana, á la mañana siguiente al consejo, habló en su tocador de la información, con tal desprecio, que las mismas damas que la vestían se atrevieron á ayudarla en sus bromas. Algunos de los lores que habían oído la información y habían parecido quedar convencidos, en realidad no lo estaban. Lloyd, obispo de San Asaph, cuya piedad y saber eran respetados generalmente, continuó, hasta el fin de su vida, creyendo que se había cometido un fraude.

Aun no hacía muchas horas que se habían publicado las declaraciones prestadas ante el Consejo, cuando empezó á correr el rumor de que Sunderland había sido destituido de todos sus empleos. La nueva de su desgracia sorprendió á los políticos de los cafés, pero no extrañó á los que habían observado atentamente lo que pasaba en Palacio. Aun no se le había podido probar la traición de una manera legal ó tangible, pero sospechábase con gran vehemencia, entre los que le vigilaban de cerca, que, por uno ú otro

conducto, estaba en comunicación con los enemigos de aquel Gobierno en el cual desempeñaba tan alto puesto. Él, en tanto, con sin igual descaro, protestaba que le sucedieran todos los males posibles en esta vida y en la otra, si era culpable. Su única falta, decía, era haber servido á la Corona demasiado bien. ¿No había dado rehenes á la causa real? ¿No había destruido todos los puentes por donde, en caso de desastre, hubiera podido efectuar su retirada? ¿No había sostenido la prerrogativa de dispensa? ¿No había formado parte de la Comisión eclesiástica, firmado la orden de prisión de los Obispos, apareciendo como testigo contra ellos, á riesgo de la vida, en medio de los silbidos y maldiciones de la multitud que llenaba Westminster Hall? ¿No había dado la última prueba de fidelidad, renegando de su religión é ingresando públicamente en la Iglesia que la nación detestaba? ¿Qué tenía él que esperar de un cambio? ¿Qué no tenía que temer? Estos argumentos, aunque fundados y expuestos con la más insinuante habilidad, no bastaron á desvanecer la impresión producida por cuentos y murmullos llegados á la vez de cien distintos sitios. El Rey se mostraba cada día más frío con el Ministro. Sunderland trató de sostenerse con la ayuda de la Reina; obtuvo una audiencia de S. M., y se hallaba en su cámara cuando entró Middleton, y de orden del Rey le pidió los sellos. Aquella noche el Ministro caído conferenció por última vez con el Príncipe á quien había adulado y vendido. La entrevista fué realmente extraña. Sunderland representó á la perfección el papel de la virtud calumiada. «*No sentiría, dijo, el salir de la Secretaría de Estado ó de la Presidencia del Consejo con tal de conservar la estimación de mi Soberano. ¡Oh, señor, no me hagáis el más infeliz caballero de vuestros dominios, negándoos á declarar que no me consi-*

deráis desleal.» El Rey casi no sabía á qué atenerse; no había prueba positiva contra el Ministro, y la energía y calor que desplegaba Sunderland en la mentira, hubieran engañado á un entendimiento más perspicaz que el del Rey. En la Embajada francesa sus protestas hallaron crédito. Declaró allí que aun permanecería algunos días en Londres y que se presentaría en la Corte. Luégo pensaba retirarse á su quinta de Althorpe, donde trataría, por medio de un régimen económico, de reparar su quebrantada fortuna. Si estallaba una revolución, huiría á Francia. Su mal pagada lealtad no le dejaba otro refugio (1).

Los sellos que le habían sido quitados á Sunderland fueron entregados á Preston. El mismo número de la *Gaceta* que anunciaba este cambio, publicaba la noticia oficial del desastre acaecido á la flota holandesa (2). Aquel desastre era de importancia, aunque no tanta como el Rey y sus pocos amigos, dejándose llevar de sus deseos, estaban dispuestos á creer.

XXXIX.

DESPÍDESE GUILLERMO DE LOS ESTADOS DE HOLANDA; SE HACE Á LA VELA Y LA TEMPESTAD LE OBLIGA Á VOLVER Á PUERTO.

El 16 de octubre, según el cómputo inglés, celebraron sesión solemne los Estados de Holanda. El Príncipe se presentó á despedirse. Les dió gracias por la

(1) Barillon, octubre 8 (18), 15 (25), 18 (28), 25 (nov. 4), octubre 27 (nov. 6), oct. 29 (nov. 8), 1688; Adda, oct. 26 (nov. 5).

(2) *Gaceta de Londres*, oct. 29, 1688.